

UCLA

Mester

Title

El abrigo de zorro azul/The Fox Skin Coat

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/9x9713sw>

Journal

Mester, 15(2)

Author

Ferré, Rosario

Publication Date

1986

DOI

10.5070/M3152013791

Copyright Information

Copyright 1986 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed

El abrigo de zorro azul*

El día que Bernardo se quitó por fin la chaqueta de botones dorados de la academia militar dejó escapar un suspiro de alivio como quien se entrega a las arañas del sueño. De pequeña Marina le repetía al oído que tenía los ojos tan verdes que le daban ganas de arrancárselos de racimo como si fueran uvas. Existía entre ellos una relación misteriosa similar a la que existe entre la mano izquierda y la derecha, el equinoccio y el solsticio, el sístole y la diástole. Habían nacido con pocas horas de diferencia. Luego nacieron otros hermanos pero ellos, los primogénitos, retuvieron siempre a los ojos de sus padres ese brillo de primera magnitud y de calidad blancoazul que retuvieron Rigel y Betelgeuse, alfa y beta orionis, a los ojos de Ptolomeo cuando recopilaba su Almagesto.

Al graduarse de la academia donde había pasado tantos años, Bernardo sólo había deseado regresar a la casa de balcones blancos de su niñez. A su regreso había descubierto que la familia se había mudado a la ciudad y había encontrado a su padre cambiado. Echaba en falta el olor a tierra que lo había rodeado siempre, el sombrero de ala ancha y pajilla de panamá que no se quitaba ni para sentarse a la mesa y que dejaba un delgado surco húmedo que nunca se le desvanecía por completo alrededor de la frente. Luego se enteró que su padre había arrendado la mayor parte de sus tierras a inversionistas extranjeros y se había dedicado a especular con grandes sumas de dinero que multiplicaba con mucho acierto.

Imposibilitado de regresar a lo que había soñado durante cuatro años, al cultivo de la tierra, Bernardo se pasaba los días recorriendo con Marina las fincas que bordeaban el mar. Se había aislado de la familia en un silencio de hielo sucio que su hermana se empeñaba en quebrar. Mi caballo hacía caracoles blandos segando a veces los cascotes en el esfumado lento que se escapaba del agua. Yo lo dejaba ir, sombreando el caballo de mi hermano, penetrando al unísono la bruma salitrosa, alejándose cada vez más de la casa. Fue entonces que le dije lo de la avioneta, yo nunca he volado, Bernardo, ten compasión de mí. Tengo diez pesos que no me los regaló nadie, me los gané trabajando, más que nada en el mundo quisiera poder volar. Bernardo, ten compasión de mí. El primer hombre que voló fue un emperador chino que se arrojó desde la torre más alta de su reino con dos sombreros inmensos en forma de almeja atados a las muñecas por largos hilos de plata. El segundo fue un mago japonés que construyó una chiringa en forma de pez y dándole la punta del cordel a un niño desnudo que jugaba por allí se montó sobre ella y saltó desde la cumbre del Fujiyama. El tercero

*Reprinted by permission from *Editorial Joaquín Mortiz, S.A.*

The Fox Skin Coat

When Bernardo finally took off the gold-buttoned jacket of his military Academy, he gave it to Marina with a sigh of relief. —Do whatever you want with it,— he told her shutting his eyes in disgust. —Just never let me see it again.— He had just graduated from the Academy, and he had waited four long years to return to the old family home in the country. On his return, however, he had discovered that the family had moved to the city, and that his father had changed a great deal. He no longer wore the wide-brimmed Panama hat he used to wear all the time, even to sit at the table at dinnertime. Bernardo could remember clearly the thin damp line it left on his forehead, which never completely disappeared, even long after he had taken it off. Later he discovered his father had sold most of the land to foreign investors and now spent his days speculating on Wall Street, where he had made considerable sums of money.

Unable to return to farming, as he had dreamed of for years, Bernardo spent his days on horseback, taking long rides by the seashore with Marina. They had always been very close. As a child Marina used to say that Bernardo's eyes were so green that they made her feel like plucking them like grapes. There had always been a mysterious understanding between them, similar to the one between the left and the right hand, the systole and the diastole. They were born only a few hours apart, and, in their parents' eyes, had both held a radiance of the first magnitude, the same blue-white quality that Rigel and Betelgeuse, Alpha and Beta Orions, had once held for Ptolemy when he compiled his *Almagest*. But ever since his return to the house, Bernardo had kept a lot to himself; he was always deep in thought and refused to speak to anyone.

The horse's hooves cut through the mist at the water's edge. Marina loosened the reins, and followed in her brother's lead; they entered the ocean's salty mist together, moving further away from the house. It was summer, and they were spending a few weeks in the country, staying once more in their old home. Suddenly she began to tell him about the small plane his father had bought for pleasure trips, which he kept in a nearby field. "I've never been on an airplane, Bernardo, please, I've saved ten dollars, I'll pay for the gas and the ride, I want to fly more than anything, please Bernardo."

Long, fleecy waves clung to the horses' hooves as they galloped along the water's edge. Then they began to climb a bluff, reining in the horses at the top of the cliff. The sea thundered before them in the distance, rolling its sides full of rocks and foam.

Bernardo decided to please Marina and that same afternoon they went to the airfield. She handed over the money to him and they climbed in.

Ícaro derretido en estalactitas de nieve. Los caballos alargaban pequeñas olas lanudas que se quedaban adheridas a las puntas de sus cascos, desgarraban lentamente la bruma con sus crines arrastrando sus colas de pesadilla blanca por encima de la cara de la luna. Subieron rápidamente la cuesta del morrillo y se detuvieron en lo alto del acantilado. A lo lejos el mar se derrumbaba hacia adentro, devolviendo un barrunto de rocas y espuma por boca de sordo.

Esa tarde logré convencerlo y fuimos al aeropuerto. Entregué mis diez pesos y subimos a la avioneta. Cuando comenzamos a subir tuve una sensación de varillas de madera que se doblan y papel de seda estrujado por el viento. Bernardo me miraba desde lejos, desde la distancia de sus anteojeras. Los guantes de gamuza le resbalaban sobre las manos y movía los pedales distraídamente como quien mueve una máquina de coser abullonando una manga de crema. Entonces comenzó su relato: Al regresar al colegio y enfrentarnos nuevamente al recrudescimiento del clima noté que la risa de mi compañero de cuarto se entretrejía de tos como una nasa de pescadores cargada de diminutos peces rojos. Pero ya era demasiado tarde. El mismo día que hice los arreglos para su regreso alquiló un trineo y esa noche me invitó a dar una última carrera sobre la superficie congelada del lago. Al salir por la puerta hizo sobre la nieve su acostumbrada verónica de loto negro con la capa de velada de teatro. Yo insistí que se pusiera mi abrigo de zorro azul pero me lo rechazó. El trineo se internó en el lago y la niebla comenzó a borrar nuestra visión. Entrábamos en un hueco inmóvil donde se metía el puño y quedaba cercenado instantáneamente por la muñeca. Oíamos a lo lejos el crujido insoportablemente lento del lago que avanzaba congelándose por los bordes. Penetrábamos cada vez más en la densidad que se arremolinaba delante nosotros, un bosque agitado de colas de mono albino que se nos enroscaba de las manos. Entonces me dí cuenta de que mi compañero de cuarto iba ciego, no tanto por la niebla, sino porque se la había congelado la mirada. Ya no afuetaba a los caballos. Se había quedado inmóvil, impulsado por el vértigo como un auriga hierático atravesado por una lanza de viento. El trineo tropezó contra un banco de nieve e hicimos un largo tirabuzón blanco. Cuando me doblé sobre él la sonrisa le desbordaba nieve. Me quité mi abrigo de zorro azul y lo envolví en él cuidadosamente.

Marina escuchó horrorizada aquel relato, sin poder siquiera disfrutar al ver a sus pies el mundo reducido a nacimiento. Su hermano no le había contado que tuviese un compañero de cuarto, su historia sobresalía súbitamente de su silencio como un témpano de hielo. Entonces vi que sonreía, apuntando a algo en el horizonte. Nos acercábamos a nuestra antigua casa, rodeada de cañaverales. La sobrevolamos y admiramos desde arriba su techo de cuatro aguas perforado de tragaluces, el mirador del comedor elevado sobre una hilera de cristales por donde

As Bernardo started the engine, he looked at her from behind his goggles and was soon enveloped in a cloud of mist. He wore suede gloves and as he turned the wheel he moved the pedals distractedly, as though sitting at a sewing machine. Then he began to tell Marina his story.

"Last year, when I got back to school, we had had the worst weather of the season. I noticed my roommate coughed a lot. Every time he laughed, he threw a net of tiny red fish at me. I didn't realize anything was wrong until it was too late. The very day of my return he arranged for a sleigh and horses to be rented out to us, and he dared me to make a run with him over the frozen surface of the lake. I insisted he should wear my fox skin coat, but he refused.

As the sleigh moved out onto the lake, the fog began to blur our vision. We suddenly went into a hollow, and the mist got so thick it seemed to cut off our hands at the wrist. We could hear the lake slowly cracking in the distance, along the faraway shore. It was then I realized the sled was flying wildly all over the ice, not because of the fog, but because my roommate was dead. He stood motionless before me, no longer whipping the horses and looking like a frozen charioteer pierced by a spear of wind. The sleigh made a long slow curve as it dived into a snowbank. When I bent over him he smiled and a mouthful of snow slipped out. I took off my fox skin coat and wrapped it carefully around him."

Marina listened to her brother in horror. She couldn't even enjoy the marvelous sight from the plane's window, the miniature world spread for the first time at her feet. Bernardo had never told her he had had a roommate, or that he had loved him so much, and now this story suddenly burst through his silence like a crack in the ice. But when she saw he was smiling, she thought he had gotten over it and that everything was going to be all right. Bernardo was pointing to something in the distance. They were approaching their old home, set in the middle of a cane field. They glided slowly over it, admiring the gabled roofs, the dining room balcony and the rows of colorful, gem-like window panes, through which they used to watch the family ghosts come and go when they were children. The skylights sparkled in the sun like precious stones stuck on the crown of a hat. It was still the most beautiful house of all.

A few days after taking Marina up to see the world and telling her his tale of an imaginary death, Bernardo took off on a different flight. He pointed his craft toward a cloudbank that had been building up over the ocean for weeks, and was never seen again. On that very same day Marina had a fox skin coat delivered to her by the morning mail. The coat was several sizes too large for her, and it was evidently styled for a man. At first she thought it had all been a mistake.

Translated by Rosario Ferré

estábamos acostumbrados desde niños a ver entrar y salir a los fantasmas. El sol chispeaba dentro de los tragaluces como alfileres de piedras de colores hincados en la copa de un gran sombrero de fiesta. Era la casa más hermosa de todas.

Algunos días después de subir con su hermana para enseñarle el mundo desde la claridad del sol y hacerle su relato de una muerte imaginada Bernardo volvió a alquilar la avioneta y enfilándola hacia un banco de nubes acumuladas desde hacía meses sobre el mar, desapareció para siempre. Ese mismo día por la mañana Marina había recibido por correo un abrigo de zorro azul, de corte masculino y demasiado grande para ella. Había pensado que era una equivocación.

Rosario Ferré
De Papeles de Pandora, 1976